

FR. GERUNDIO.

Si quis durus corde dixerit Fr. Gerundii cor non fundere guttas sanguinis atque ternuræ cum quasdam epistolas, quæ ei diriguntur, legit, anathema sit.

Si algun empedernido dijere que el corazon de Fr. Gerundio no vierte gotas de sangre conmovido de leer algunas tiernas comunicaciones que se le dirigen, mal peñasco le aplane y le espachurre.

CONG. 4. GERUND.

Las Viuditas.

(Sinite viuditas venire ad me.)

Triste y desconsolada situacion es la de una viuda sobre la tierra; y no sin razon para pintar el sagrado profeta el desamparo y afliccion de

aquella famosa ciudad, reina un tiempo de las provincias y de las naciones, nos la representa bajo la imagen de una viuda que pasa las noches llorando, y cuyas mejillas no se ven jamás enjutas de lágrimas. Y no sin razon los profanos vates para bosquejarnos un cuadro patético y luctuoso se esfuerzan por hacernos sentir los sentimentales quejidos de la tortolilla que gime en solitaria viudez. Efectivamente, las viudas son las tórtolas de la sociedad humana: las sombras animadas del gran cuadro social: son el vocativo *carat* de los matrimonios; son el pretérito perfecto del verbo *conyugar*; son como las judías en las huertas, que mientras tienen un apoyo ó estacaon á que asirse, levantan en derredor de él su lozano tallo, pero una vez que les falte, lo doblan humilde y mustio hasta el suelo, y es no pocas veces cruelmente hollado por el brusco pie del jardinero, ó por la inconsiderada planta de cualquier transeunte. Una viuda, por rica que sea, siempre es pobre; porque siempre se dice *una pobre viuda*; y es por fin tan poco albagüenõ el estado de viudez, que si Fr. Gerundio se casara, no quisiera por cuanto hay ver á su muger viuda: preferiera mas bien sufrir él mismo los trabajos y penalidades de tan míserable estado.

Por ende Fr. Gerundio ha levantado mas de una vez su voz en favor de las pobrecitas viudas, y especialmente de las viudas de los guerreros sa-

crificados en defensa de la patria, de las leyes y de la libertad, y que hoy gimen en el desamparo y la miseria, las que no han sido ya víctimas del hambre y del pundonor. Por lo tanto, enemigo como es Fr. Gerundio de incurrir en el vicio de la importunidad por inculcar demasiado en una cosa por justa que sea, hubiera quizá tardado en clamar otra vez porque se atendiese á esta clase tan digna de consideracion. ¿Pero quién resiste á un mensaje como el que acaba de recibir Fr. Gerundio por el último correo? ¿Quién puede permanecer impassible ó tibio, ¿quién pudiera callar aunque tubiera frenillo en la lengua, enjuto el tintero, y la mano derecha seca ó entumida, al leer la tierna misiva que firmada por varias comisionadas le dirigen á Fr. Gerundio todas las viudas militares de la Coruña, como á su único consuelo y á su mas compasivo protector? ¿Cómo pudiera no enternecerle la lectura de este párrafo? «El escaso valor de nuestros pocos efectos mal vendidos nos alimentó por un poco tiempo; las labores de nuestras manos no nos dan para el preciso sustento; nuestros hijos, que son los hijos de unos valientes que exhalaron su postrer suspiro en los campos del honor, mendigan un pedazo de pan y ya no le encuentran, porque la humanidad se habrá fatigado de socorrerlos; nuestras pensiones están muertas; nosotras y nuestras familias perecemos; si nuestros esposos se levantáran de sus sepulcros y nos vieran, se volverian á buadir en ellos por

no poder resistir el cuadro de nuestra miseria y la ingratitud y dureza de los hombres. En este estado de desesperacion ¿á quién acudimos? ¿Quién nos dará algun consuelo en nuestra desgracia? Una feliz inspiracion nos trajo á la memoria á Fr. Gerundio, y todas, y en su nombre las que suscribimos, acordamos dirigirnós á Vtra. Pater-nidad, cuyo buen corazon es conocido de todos, á fin de que con pluma fuerte escrite la compasion del gobierno hácia estas desgraciadas &c.»

Digo la verdad: aunque hubiera tenido freni-
llo en la lengua, creo que le hubiera roto para
hablar, como el hijo de aquel rey que siendo mu-
do de nacimiento, al ver á un soldado que iba
descargar un hachazo sobre la cabeza de su padre,
tal fué la fuerza del sentimiento filial, que con
el esfuerzo que hizo rompió el frenillo de la len-
gua y le dijo como si toda la vida la hubiera te-
nido espedita: «soldado, no mates á Creso.»
(Creso me parece que se llamaba su padre, sino
me falta la memoria).

Si hubiera tenido la mano seca, entumida, ó
paralítica como la del manco del evangelio, hu-
biera recobrado al instante toda su tendinosidad
(apuntarla), y se hubiera movido para escribir
con mas agilidad que tarabilla de molino de cubo.
Y si el tintero hubiera estado sin tinta, ¿qué?
Mojaria la pluma en la sangre de las venas, ó
reuniria las gotas que la lástima y el dolor hacen
destilar de mi corazon, y llenaria el tintero de

ellas, y con aquella tinta escribiría *un artículo á parte* sobre la situacion de las hermanas viuditas; sí, un artículo aparte; y si menester fuese, una capillada entera, un tomo en folio, un año cristiano, una guia de viudas, un centon gerundiano, una historia universal, unas actas cronológicas generales, un calendario perpétuo, una biblioteca concionatoria, una coleccion alfabética perdurable de casos prácticos, un índice inverso inconmensurable é inamisible; sería el Tostado de las viudas; y si esto no bastaba sería su asado y su cocido: todo lo que ellas quisieran sería Fr. Gerundio.

Porque quisiera inspirarlas tanta confianza, que cuando un militar se marchase á la guerra, le dijera á su esposa al despedirse: «á Dios; no te desconsueles; si sucede una desgracia abí te queda Fr. Gerundio.» Y que cuando los generales diesen cuenta al gobierno de los gefes y oficiales que bayan muerto en una accion, en lugar de la fórmula: «recomiendo á V. E. para que se sirva hacerla á S. M. las viudas y familias de los que han muerto gloriosamente en la accion de este memorable día;» dijesen: «recomiendo á Fr. Gerundio las viudas y familias de estos valientes, á fin de que mueva la paciencia al señor ministro de Hacienda para que no las deje perecer de hambre.»

Vamos que me parece que Fr. Gerundio ha cumplido por su parte en este artículo con las leyes de la galantería, y que las viudas de la

Coruña no tendrán que decir que su mensaje ha sido desatendido de Fr. Gerundio: pero como todo lo que él puede hacer en su obsequio es pedir, y el Sr. Pita es el que puede dar, con esta fecha envió á Tirabeque al hermano Pita con esta capillada por mensaje á fin de que si quiere dar, dé, y sinó... hijas mias, paciencia, Fr. Gerundio no puede hacer mas.

La Mensagería.

«Mensagero sois, amigo,
non mereceis pena, non.»

Romance antiguo.

*Mensageros sois, amigos,
sin mereceis pena, sin.*

Fr. Gerundio.

No te se puede mandar á un recado, Pelegrin, eres mas pesado que el plomo: tres horas hace que te mandé, tres. En tres horas se corre todo Madrid.—¡Qué delicado es vd. señor! Siempre quiere vd. que ande uno corriendo.—Pero hom-

bre, ¿todavía te parece poco tres horas para ir desde aquí á donde pára la mensagería?—De poco se posma vd., mi amo: tambien en tres dias se atraviesa toda Castilla de parte á parte, y los diputados se han llevado seis metidos en la laguna de la Nava sin salir de ella. Pues; y á esos no les dice vd. nada, porque son diputados; y á mí porque soy Tirabeque, si me descuido una miaja ya me recibe vd. con un responso.—El responso de S. Anton si que te iba á echar ya por perdido.—¿De qué S. Anton, señor?—De S. Anton; ¿pues no sabes quién es S. Anton? Como hace tanto tiempo que hablé de él...—¡Ay mi amo, mi amo! El que mucho escribe mucho yerra, como dijo el otro: y muchas veces á un padre maestro se las pesca un lego; y en el mejor paño cae una mancha; y mas de cuatro veces llega mas pronto el cordero que el carnero.—Y bien; ¿qué significa toda esa sarta de vulgaridades?—Que tambien vd. cambia algunas veces las especies, señor, que no soy yo solo. El otro dia dijo vd. que iba á echar la oracion de S. Anton por aquellas mugeres de la calle de Hortaleza, y ahora tambien dice vd. que iba á echarme á mí el responso de S. Anton por perdido. Y ha de saber vd. que el responso que se echa por las cosas perdidas no es el de S. Anton el del cochino, sino el de S. Antonio de Padua, porque este es el abogado de las cosas perdidas, y no aquel. Y hágule á vd. esta advertencia ahora que viene á pelo, por-

que mas vale que la haga yo que un extraño, y tambien porque sepa vd. que no somos solamente los legos los que tenemos deslices.

Muy mal parece, Pelegrín, que un criado replique á su amo. Los amos siempre tenemos razon, ¿entiendes? Y el advertirnos nuestras equivocaciones y defectos mírase como un mal, síntoma de insubordinacion é indisciplina, y no pocas veces suele eso costar un empleo ó una separacion.—Señor, vd. dispense, que yo....—Pues; vd. dispense; ya se habian de haber acabado las dispensas.—Señor, no se deben haber acabado todavía, porque me consta á mí que en las cuentas del ministerio de Estado de este año que acaba de pasar, figura una partida de unos cuarenta mil duros que se han enviado á Roma por cuenta de dispensas: y lo mas gracioso es que á los empleados en el ministerio les están debiendo mas de veinte meses. Con que mire vd. si hay dispensas con fuerza todavía, señor.—Hombre, yo no sé dónde mil diablos adquieres tú esas noticias. Pero de todos modos bien debes conocer que no son esas dispensas de las que yo quiero hablarte. El arreglo de eso déjalo de cargo del Sr. Perez de Castro, que á fé que habiendo estado él cerca de su Santidad y visto á qué mano van esas cosas, bien se yo que no ha de descuidar este negocio.

Y por ahora vamos á lo que á nosotros importa y atañe. ¿Estuviste en la mensajería?—Si

señor; ¿qué había de hacer?—¿Y qué te dijeron de aquello?—Que ya estaba entregado.—¿Cómo que ya estaba entregado?—Si señor; que estaba entregado ya, y que pronto se lo llevarían á S. M. fué lo que me digeron.—Hombre, tu me pierdes, Pelegrin ó Pelediablo; ¡unos pastelillos tiernos á S. M. ! ¡Qué se dirá, hombre! Anda corriendo y deshaz la equivocacion, sino me vas á perder, ó á lo menos á ponerme en ridículo. Malditas sean tus entendederas, torpe de Satanás; imposible es que te bautizaran con agua limpia, sino con agua de fregar ó de achicorias ó cosa que lo valiera.—Señor, si quien está equivocado y ha entendido mal es vd. Si no hay tales pastelillos de encargo ni tales carneros; si lo que me dijeron que estaba ya entregado y lo iban á llevar á S. M. era el mensaje.—Esa es otra: amigo, tu las ensartas como truchas en mimbre. En ese caso no has estado en la mensagería.—Señor, ¿cómo se dice? ¿Pues no te estoy dando á vd. razon?—Pero bien; entendámonos: ¿cuál llamas tu la mensagería?—Señor, ¿no es el Senado?—Quítate de ahí, quítate de ahí, no me incomodes mas.—Escuche vd. una palabra, señor.

Mire vd.: hace mas de ocho ó quince dias que estoy oyendo que en el Senado se estaba haciendo un mensaje para S. M. y despues oí que aquel mensaje ya no iba, porque S. M. habia hecho ya lo que el mensaje pedia, pero que en su lugar, puestos ya los senadores en que un

mensaje era preciso mandarle de todos modos, habian compuesto otro mensaje para decir á S. M. que les habia gustado lo que habia dispuesto. Y como en todo este tiempo no he oido yo que se haya tratado en el Senado de otra cosa mas que de hacer mensajes, pensé yo que aquello se llamaba la mensajería.—Calla, que no sé si tu lengua es la lengua de la inocencia ó la de la truhanería. Tan buen mensajero estás tú como ellos. Merecias una....—Señor, pareceme que ni ellos ni yo merecemos pena ninguna, porque yo he oido un romance antiguo que dice:

«Mensajero sois, amigo,
non mereceis pena, nou.»

Pues á eso te digo yo, que soy un romancero nuevo:

Mensajeros sois, amigos,
sí mereceis pena, sí.

Tu, porque mandándote á ver si la mensajería habia traído unos pastelillos de encargo que esperaba, te vas á buscarlos al Senado; y los Senadores, porque proponiéndolos los pueblos y eligiéndolos S. M. para que se dediquen con asiduidad á procurar el bien de la nacion y la pronta conclusion de la guerra, gastan el tiempo en proyectar, discutir y enviar mensajes, que hasta

prescindiendo de la justicia ó conveniencia del objeto, son tontos por inoportunos, por innecesarios, y por impertinentes.



AL PIE DE LA LETRA.



Como Dios está en los cielos, que algunas veces llego á dudar si mi Paternidad gerundiana estará dotada del don de profecía, porque son tantos los pronósticos que se han cumplido y se van cumpliendo, tanto en cosas gordas como en flacas; que no hay mas que pasar la vista por mis capilladas, y se hallarán todas llenas de profecias cumplidas al pie de la letra. De modo que no sé si estaré destinado por la Providencia para ser el Daniel ó para ser el Caifás de los periodistas; que

este don de la profecía así le puede Dios otorgar á un santo como á un picaruelo; así á un alma cándida como á un alma de cántaro.

Dije pues, yo Fr. Gerundio, en la capillada 94, art. *El escapulario del Cármen*, que la Muñagorriana empresa tenía que volverse agua de cerrajas, y agua de cerrajas se ha vuelto; al pie de la letra como lo había dicho Fr. Gerundio.

Dije en la 70, art. *Cuatro estatuas*, que me atrevia á esperar de la ilustracion é integridad de los dignos magistrados que componen la audiencia territorial de esta corte que revocarían la á mi parecer injusta sentencia de dos años de destierro &c. que en el informal proceso instruido contra mi paisano el jóven y decidido patriota Canseco había dado el juez de primera instancia Amorós; y absuelto ha sido el atrozmente perseguido Canseco por la audiencia libremente y sin costas, reservándosele su derecho para repetir contra quien convega &c. &c. Al pie de la letra, como dijo Fr. Gerundio que lo esperaba. La alta magistratura española va acreditando en todos los casos que no es infundada la favorable idea que de ella ha dado Fr. Gerundio en mas de una ocasion. Tan virtuosa como desatendida, está siendo una acusacion tácita y perpétua del abandono y de los desaciertos de la mayor parte de nuestros gobernantes.

Y por cuanto los pronósticos de Fr. Gerundio en lo grande y lo pequeño van saliendo al pie de

la letra, ningun español de cualquier clase y condicion que sea, debe dejar de leer todas y cada una de sus capilladas. Se admiten suscripciones sin inconveniente alguno, y en cualquier moneda de uso corriente.



Los pájaros.



Aunque tambien la cabeza de Fr. Gerundio se vá alguna vez á pájaros, porque á nadie le faltan sus pajarillos en que pensar, bien descuidado estaba yo y bien ageno de acordarme que existian pájaros en el mundo, cuando vi entrar á Tirabeque en la celda con una jaula llena de ellos. Todos piaban á un tiempo; unos con moderacion; otros á gritos y con toda la fuerza de que era capaz su garganta: unos cantaban alegremente, otros daban una piadita de dolor; picábase unos

á otros disputándose los granos del comedero; habia quien se lo quitaba del mismo pico, y todos sin distincion de colores y magnitudes se afanaban por engullir lo que podian.

Pero hombre, le dije á Pelegrin, ¿que humorada ha sido esa, y con qué dinero las comprado tantas aves? Eso no figura en el presupuesto de mis gastos.—Ah señor, ¿pues qué: todo ha de figurar en los presupuestos? Pues entonces nunca podría uno comprar una jaula. Tambien yo tengo mis fondos secretos, señor.—¿Y de dónde salen esos fondos?—Eso ya lo sabrá vd. despues. Por ahora mire vd. qué pájaros tan guapos y tan gordos traigo.—Hombre, sí: ¿qué gordo está este de la derecha! ¡Jesus qué horror, qué buche tiene! Está reventando, hombre: ¿cómo habrá engordado tanto este pájaro?—¿Ese? Porque me dijo el pajarero que nadie le intervenia lo que comia: que habia dado orden el amo para que no se le contáran los granos que comiese.—¡Guapo! ¡Buen voléo llevaria así la pañera! Por una orden como esa creo que resulta ahora una falta nada menos que de 500 milloncitos de rs. en libranzas no intervenidas por el contador de distribucion; que si es cierto, ya se armará un buen ojo en el ministerio de hacienda. Déjate, que el hermano Pita no le faltará que hacer en el negocio.

Pero hay pocos gordos, hombre: la mayor parte no tienen mas que el armazon y la pluma. Mira, este de aquí se está muriendo, yo creo que



«Lo que hace falta es un ejemplar con los pájaros gordos.»
Fr. Ger. cap. 112. pág. 155.

de necesidad; y todos estos me parece que no duran tampoco mucho tiempo.—Señor, ¿qué había de suceder, si la comida de estos se la zampaban estos otros? Pues por eso hay tan pocos gordos.—Vaya!, pues mas te vale echar al grano todos estos que están flacos, y lo que habíamos de gastar con ellos gastarlo con los gordos, que son los únicos que nos pueden aprovechar, y el grano que tenemos ya ves que no alcanza para todos.—Señor, lo que voy á hacer es nutrir los gordos, y despues cuidar bien los flacos, que buena falta les hace.—No, hombre, no, que es lástima.—Si señor, si, que no es lástima. Mire vd.; con lo que este maldito tiene en el buche hay para dar de comer á seis de estos otros. Se le saca, y despues le mato.—Nada, nada, primero los flacos.—Señor, desengañese vd.; mientras no se haga un ejemplar con los pájaros gordos como el que yo quiero hacer, ni pueden medrar los flacos, que son los mas, ni habrá grano en la panera que les baste. Y lo que le digo á vd. se lo digo tambien al gobierno. Mientras no haga con los pájaros gordos que se han tragado el grano que habia para todos los de la jaula lo que yo quiero hacer con estos no sabe ser gobierno.—Estás cruel hoy, Tirabeque.—Señor, lo cruel es que se mueran de hambre muchos pájaros flacos porque engordan á su costa cuatro pájaros gordos.—Amigo, estás acérrimo.—Señor, lo dicho dicho: lo que hace falta es hacer un ejemplar con los pájaros gordos,

y el gobierno que no lo haga no es gobierno.
Señores gobernantes; ya oyen vds. lo que dice
Tirabeque: un ejemplar con los pájaros gordos
que se hayan cebado á costa de los flacos, y sinó
dice que no saben vds. ser gobierno.

